

Francia era vencedora, la ayudarían á aplastar á su rival, haciéndole pagar lo más caro posible su concurso. Cuando se inauguró, en Noviembre de mil ochocientos sesenta y nueve, el canal de Suez, el canciller austro-húngaro acompañó á Oriente á su Soberano, el cual, por su actitud y su lenguaje en Bucharest, en Constantinopla, en Atenas y en el Cairo, restauró el prestigio de su corona; al regreso, Beust se separó del Emperador yéndose á Florencia, donde vió á Víctor Manuel y se aseguró de que el vencido de Custoza no repugnaba estrechar la mano que le tendía su antiguo enemigo. La negociación secreta que iniciara adquirió poco después un giro más vivo, por favorecerla el gobierno francés, restableciéndose las relaciones amistosas y confidenciales entre los gabinetes de Viena y de las Tullerías. El archiduque Alberto hizo un viaje á París, á principios de mil ochocientos setenta, para estudiar el estado militar de Francia, del que se mostró, por extraño que parezca, bastante satisfecho. Pero la política de Beust se estrellaba siempre en el mismo escollo: la imposibilidad por parte de Napoleón III de dejar á los italianos apoderarse de Roma.

Y eso que, á la sazón, le sobaban motivos al Emperador de los franceses para abandonar al Papa. El ocho de Diciembre se había abierto el concilio, con asistencia de setecientos cincuenta padres, de los que la tercera parte eran italianos y marchaban como un solo hombre detrás del Papa, y los más de los restantes, desorientados, se dejaban guiar por aquéllos, habiendo apenas unos cincuenta en actitud de combatir. El tres de Enero de mil ochocientos setenta, mientras se discutía el esquema *De Fide*, que debía fijar el linde entre el campo de la fe y el de la razón, el cardenal Manning provocó un mensaje al Papa, suplicándole permitiese que su infalibilidad doctrinal fuese definida y proclamada por el concilio. Se pasó este *postulatum* á la comisión pontificia de iniciativa, y mientras ésta redactaba el dictamen, la corte romana sometió al concilio el esquema *De Ecclesia*, que formulaba, más rigurosamente aun que la encíclica *Quanta cura* y que el *Syllabus*, las aspiraciones de Pío IX en materia de gobierno eclesiástico. No se limitaba este proyecto á sentar el principio de que la Iglesia es de institución divina, que constituye una sociedad perfecta é irreformable y que la intolerancia es incompatible con su misión; la proclamaba también independiente en todos respectos de los poderes civiles, le atribuía el derecho de fiscalizar y regentar á éstos indirectamente, declaraba, en fin, que, por derecho divino, el gobierno de la Iglesia pertenece á perpetuidad al obispo de Roma, no siendo este gobierno un simple primado honorífico, sino una verdadera jurisdicción, ordinaria é inmediata, sobre todas las diócesis de la cristiandad. La gravedad extrema de semejantes pretensiones no podía escapar á ningún gobierno, y pareció aún más alarmante cuando se vió á Pío IX, impaciente por la táctica dilatoria de los padres de la oposición, decretar *motu proprio* dos innovaciones reglamentarias: una, que, á propuesta de diez individuos, el concilio podría declarar cerrada cualquier discusión, y otra, que las decisiones de la

asamblea se tomarían no por unanimidad moral, como en los antiguos concilios, sino por simple mayoría de votos.

Al leer el esquema *De Ecclesia*, el ministro de Estado francés, Daru, no pudiendo contener su indignación, redactó en contestación al mensaje del Vaticano un despacho, que, aun después de las modificaciones atenuantes que le introdujo Ollivier, parecía indicar que el gobierno del Emperador juzgaba haber llegado el momento de obrar. Se encargaba al embajador Banneville no sólo protestar enérgicamente contra el esquema y sus efectos posibles, no sólo recordar á Antonelli el derecho público francés y la difícil situación de Napoleón III, sino también reclamar para el gobierno imperial el beneficio del artículo diez y seis del concordato y, en su consecuencia, pedir, con la comunicación de todos los documentos sometidos al concilio, la admisión de un embajador especial, encargado de sostener las reclamaciones de Francia ante la asamblea; pues ni Francia ni los otros gobiernos católicos tenían representantes en este concilio, como los habían tenido en los precedentes, por no haberlo querido Pío IX y Antonelli. Al mismo tiempo, Daru comunicaba traslado de su despacho á todas las potencias cristianas, y las invitaba á una acción común para el objeto en él expresado. Desgraciadamente, las potencias, ó por malevolencia, ó porque desconfiaban de la energía de Napoleón III, rehusaron comprometerse hasta aquel extremo, y se limitaron á ordenar á sus embajadores que protestasen también contra el *De Ecclesia*. Llegó á agitarse en las Tullerías la idea de desprenderse de toda solidaridad con el Vaticano llamando á las tropas francesas; mas faltó resolución para aceptarla. Daru se retiró. El trece de Mayo empezó á discutirse la infalibilidad pontificia. Los anti-infalibilistas disputaron el terreno palmo á palmo; pero sea por timidez, sea por error de cálculo, no plantearon bien el problema, pues en vez de atacar la infalibilidad de frente, de combatirla en principio, haciéndose fuertes en el argumento de que había sido condenada expresamente por los concilios de Constanza y de Basilea, dirigieron todo su esfuerzo á demostrar la inoportunidad, fundándose en que alentaría á los incrédulos, asustaría á los tímidos é indecisos y dificultaría la vuelta de las sectas disidentes á la ortodoxia. Se les contestó que cuando más se discutía la infalibilidad más oportuno era definirla y aclararla, y que en aquellos días, cabalmente, la unidad de la Iglesia necesitaba ser fortalecida. El apasionamiento de la mayoría llegó al punto de injuriar, tildar de herejes, retirar la palabra á los anti-infalibilistas. Fuera del concilio, el Pontífice se agitaba sin descanso, se multiplicaba para asegurar el triunfo, que no era dudoso, de su esquema. En efecto, el trece de Julio, se adoptó, por cuarenta y cinco votos de seiscientos un votantes, el canon relativo á la infalibilidad, cuyo texto todavía se agravó, unos días después, con una adición que realzaba aún más el triunfo de Pío IX. A la solemne declaración de que el Papa, definiendo *ex cathedra* lo que se debe creer tocante á la fe y las costumbres, goza de la misma infalibilidad que la Iglesia entera y que sus juicios son irreformables, se añadió



que éstos lo son por sí mismos, no por el consentimiento de la Iglesia, *ex sese et non consensu Ecclesiae*. La abdicación del episcopado era completa, explícita, sin reserva. Después de este triunfo sin ejemplo, el soberano Pontífice no tenía ya necesidad del concilio; sin disolverlo, lo suspendió indefinidamente, y desde entonces no se ha vuelto á pensar en reunirlo.

Decididamente, la situación de Napoleón III era insostenible. El ministerio del dos de Enero de mil ochocientos setenta no parecía poder preservarle de la revolución, que rugía por todas partes en torno suyo. Las manifestaciones, los motines republicanos, se sucedían cada día más á menudo en pleno París. «Le proporcionaremos una vejez venturosa», había dicho con fatuidad Emilio Ollivier. Viejo era Napoleón, en efecto, á los sesenta y dos años. Minado por la enfermedad, carecía de vigor físico y de fuerza moral; ni podía obrar, ni podía querer. Caso de morir, ¿le sucedería el príncipe imperial, adolescente de catorce años, dominado por una madre española, que no conocía á Francia y á la que Francia no amaba?: tal era la pregunta que se hacían los cortesanos. Imposible, contestaba Rouher, coreado por los suyos, como no se regenera el gobierno repudiando ese liberalismo disolvente y volviendo á empuñar el látigo autoritario de mil ochocientos cincuenta y dos. Mas para retirar á Francia las libertades que se le acababa de otorgar, era menester deslumbrarla, embriagarla de gloria, mediante una guerra victoriosa sobre el Rin. La Emperatriz, mujer ignorante, apasionada, romántica, la llamaba *su guerra*, y la pedía para su hijo. Pero ¿cómo hacerla? Los arsenales estaban vacíos; las plazas fuertes, desartilladas; el antiguo ejército, desorganizado, y el nuevo, por constituir. Mas esto no se sabía. El propio ministro de la Guerra, mariscal Leboeuf, decía que se estaba dispuesto, *archidispuesto*, y lo creía. No se desconocía por completo el formidable armamento de que disponía Alemania; pero á todas las observaciones que con este motivo se formulaban, se respondía que el soldado francés era muy *listo*, y que sabría salir en bien de cualquier mal paso. ¿Que se carecía de alianzas? No importaba; se las tendría al día siguiente de la primera victoria, y se las tendría de balde, mientras que la *víspera* habría que pagarlas caras. El duque de Gramont, que acababa de suceder á Daru en el ministerio de Estado, decía que al aparecer en el Rin las tropas francesas, los Estados de la Alemania meridional abrazarían la causa de Francia; que Austria seguiría su ejemplo, y que Italia no se quedaría atrás, sin necesidad de afligir á las almas piadosas permitiéndole tomar á Roma. Días antes de empeñar la partida, se juzgó conveniente demostrar á Europa que no se había perdido la confianza del pueblo francés, mediante un plebiscito, en que la nación afirmaría por cuarta vez su adhesión al héroe del dos de Diciembre. Los gobiernos que apelan á semejantes consultas, juegan siempre sobre seguro, porque eligen su hora, plantean y comentan á su sabor la pregunta, y ponen al país en la **alternativa** de mantener el orden establecido ó lanzarse á los azares de una revolución.

Modelo de doblez y de perfidia fué la pregunta hecha al pueblo francés el ocho de Mayo. Decía así: «¿Aprueba el pueblo las reformas liberales introducidas en la Constitución desde mil ochocientos setenta por el emperador..... y ratifica el Senado-consulta del veinte de Abril de mil ochocientos setenta?» A esta pregunta acompañaba una proclama imperial, en que se leía: «Todo lo que se hace sin vosotros es ilegítimo. Desde el diez de Diciembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, me habéis sin cesar engrandecido, sostenido..... dadme una nueva prueba de vuestro afecto. Pronunciando un voto afirmativo, conjuraréis las amenazas de la revolución, sentaréis sobre base sólida el orden y la libertad, y haréis más fácil, en lo porvenir, la transmisión de la corona á mi hijo». El plebiscito, como era de esperar, dió una enorme mayoría al gobierno, el cual, desde entonces, se creyó autorizado para todo y ya no pensó sino en hallar un pretexto, malo ó bueno, para declarar la guerra que maquinaba.

También Bismarck deseaba la guerra, y la deseaba á corto plazo. Temía que, si transcurría mucho tiempo, la alianza de Francia, Austria é Italia, entonces no más que posible, se trocase en realidad. De otro lado, observaba á su alrededor, en la Alemania del Norte, síntomas de cansancio y de disgusto, que solamente podría disipar una vigorosa explosión de patriotismo contra Francia. Prusia y sus confederados empezaban á quejarse de los armamentos ruinosos, que no habían cesado desde Sadowa, y las poblaciones que el derecho del más fuerte había hecho pasar en mil ochocientos sesenta y seis bajo la autoridad del rey Guillermo, entendían que pagaban cara la ventaja de pertenecer á un gran Estado. El presupuesto y el contingente militares solamente habían sido votados para un período de cuatro años, que finía en mil ochocientos setenta y uno; Bismarck deseaba aumentarlos, y ningún argumento más eficaz para ello que la guerra. Por último, advertía el canciller, á principios de mil ochocientos setenta, que en el transcurso del tiempo, lejos de facilitarse, se dificultaba el ingreso de los Estados del Sur en la Confederación del Norte. Baden aparte, en Baviera y en Wurtemberg se manifestaba la resistencia á la anexión por la violencia de los debates parlamentarios. En Baviera, el rey hubo de separar á su primer ministro, el príncipe de Hohenlohe, por demasiado complaciente con Bismarck; en Stuttgart, fué menester aplazar la convocatoria de la **asamblea**, y en uno y otro Estado, pedíase á grandes gritos la baja del efectivo militar y de los gastos. Dadas estas disposiciones, no había otro camino de llevar á los alemanes del Sur á ponerse bajo la bandera prusiana, que sobreexcitar en ellos el patriotismo teutón, alimentado en las tres cuartas partes de su intensidad por el odio á Francia. Pero esta guerra era necesario hacérsela declarar: para que la nación germánica se levantara y marchase en masa á la voz de su rey, era preciso que la patria común fuese provocada, atacada por el enemigo hereditario. El trabajo se reducía, pues, á hacerse provocar. Para esto, sirvió admirablemente á Bismarck la cuestión española.



El gobierno español no era afortunado en su tarea de buscar monarca. Don Fernando de Sajonia-Coburgo, que era su candidato predilecto, por la esperanza de que algún día llegara á realizarse por este camino la *unión ibérica*, después de insistentes negociaciones, en que don Ángel Fernández de los Ríos apuró todo su talento y toda su habilidad, acabó por rechazar la corona, después de haber dado motivo á que se creyera que la había aceptado. Con razón Prim le dijo, en telegrama, «que se había cuidado poco de la dignidad personal y política del presidente del Consejo de ministros de España, el cual nunca hubiera escrito la carta, fecha veintidós de Julio, si no hubiese tenido la seguridad de la aceptación». Durante los tratos con el de Portugal, habíanse reanudado las gestiones con Leopoldo de Hohenzollern. En Mayo de mil ochocientos sesenta, no bien se enteró del resultado del plebiscito en Francia, Bismarck escribió á Prim una carta tan animadora, que el general español hizo partir de nuevo para Alemania á Salazar, el cual en pocas semanas arregló el asunto con los Hohenzollern, conviniéndose en que la candidatura del príncipe Leopoldo se sometería en breve plazo á las Cortes españolas. El rey Guillermo escribía el veintiocho de Junio á su pariente, el príncipe Antonio, que, como jefe de la familia, creía no deber oponerse á la resolución que acababa de adoptar, aceptando para su hijo la corona de España. La guerra le tenía á la sazón sin cuidado, porque unos días antes, en una conferencia que celebrara en Ems, donde se hallaba de veraneo, con el Emperador de Rusia, éste soberano, muy enojado contra Austria por sospechar que trataba de agitar á Polonia, le prometió, á cambio de cierta tolerancia con su política en Oriente, dejarle marchar hacia el Rhin y contener, si fuese caso, á la corte de Viena. En estos momentos, pues, todo estaba dispuesto, á juicio de Bismarck, para la gran lucha en que la nueva Alemania iba á jugar su porvenir. De mano maestra había tendido el astuto canciller el lazo, en que Napoleón iba á arrojarse á ciegas.

Por una indiscreción de Salazar, que se había apresurado á regresar á España, todo el mundo se enteró en Madrid, á principios de Julio, de la candidatura Hohenzollern y del apoyo que el rey Guillermo la prestaba. El embajador de Francia, Mercier de Lostende, después de haber dirigido á Prim enérgicas observaciones, transmitió á su gobierno la nueva, que causó en las Tullerías honda conmoción. Teníase ya el pretexto que se deseaba para la guerra. La noticia fué comunicada á la prensa, y á medida que circuló y se comentó, fué aumentando su gravedad á los ojos del público. Ollivier y la mayoría de sus compañeros estaban por la paz; el emperador y, sobre todo, la emperatriz deseaban la guerra, y á la guerra empujaban con todas sus fuerzas los mamelucos de las Tullerías, dispuestos á encargarse del poder si los ministros del dos de Enero se mostraban vacilantes. El cuatro de Julio, pidiéronse en Berlín explicaciones, á nombre de Francia, al subsecretario de Estado, Thile, que sustituía á Bismarck durante el veraneo de éste. Thile se limitó á responder que, para el gobierno prusiano, no existía la cuestión Hohen-

zollern. Este lenguaje, á pesar de ser correctísimo, disgustó en París, donde no se admitía la distinción sutil de Guillermo, rey de Prusia, y Guillermo, jefe de familia. El cinco, al partir el embajador de Prusia, el barón de Werther, para ir á ver á su soberano en Ems, el duque de Gramont le manifestó, «categóricamente, que Francia no consentiría el advenimiento del príncipe de Hohenzollern, ni de ningún otro príncipe prusiano, al trono de España,» y le encargó que lo dijese así á su señor. Estas palabras eran imprudentes, pero no constituían una declaración pública. Esta vino al día siguiente. Contestando en el Cuerpo legislativo á la interpelación de un diputado, leyó Gramont esta gravísima nota, que había sido redactada en consejo de ministros: «No creemos que el respeto á los derechos de un pueblo vecino nos obligue á sufrir que una potencia extranjera, colocando á uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, pueda romper en detrimento nuestro el equilibrio actual de las fuerzas en Europa y poner en peligro los intereses y el honor de Francia. Esta contingencia tenemos la firme esperanza de que no ocurrirá. Para impedirlo, contamos á la vez con la sabiduría del pueblo alemán y con la amistad del pueblo español. De otro modo, fuertes con vuestro apoyo y el de la nación, sabremos cumplir nuestro deber sin vacilaciones y sin debilidades.» Declaración torpe, que censuraron á una todas las potencias representadas en París. En vez de dirigirse á España y al jefe de la familia de los Hohenzollern, el gabinete francés se dirigía á Prusia, sin disimular que se quería forzarla á batirse. Los embajadores de Austria y de Inglaterra reconviniéron á Gramont, y trataron de persuadirle que era necesario obrar de modo que se obtuviese amigablemente el desistimiento del príncipe Leopoldo, ofreciendo al efecto sus buenos oficios. Trabajo perdido. En aquel mismo instante, el ministro francés agravaba su falta haciendo partir para Ems á Benedetti, á fin de que invitase al rey Guillermo no sólo á aconsejar, sino ordenar, al príncipe Leopoldo que retirase su candidatura; y tan seguro estaba el obcecado ministro del desaire y, por consiguiente, de la guerra, que el ocho de Julio hablaba al representante de la Gran Bretaña, lord Lyons, de los preparativos militares que hacía su gobierno y, al día siguiente, mandaba preguntar oficialmente al conde de Beust si Francia podía contar con el concurso armado de Austria-Hungría.

El nueve, fué recibido Benedetti por el rey de Prusia, quien, opuesto en este instante á la guerra, le respondió, con gran templanza, que su intervención en el asunto era meramente personal y se había limitado á no prohibir al príncipe Antonio para su hijo la candidatura que se le ofrecía; que si quería renunciarla, daría desde luego su aprobación; que le había preguntado cuáles eran sus intenciones, y que esperaba la respuesta. Si el gobierno francés no buscaba camorra, debía darse por satisfecho con estas explicaciones, y tal era el parecer de Benedetti, con mayor motivo cuanto que Prim, asustado del ruido que había armado con su candidatura y excitado por Inglaterra, Italia y Austria, rogaba